

## FINALISTA ESTATAL



### SIN TÍTULO

Sofía Rodríguez Comerci  
**IES Padre Feijoo (Gijón)**

“Positividad Raudales”, ese era el mote que había recibido uno de los artistas más famosos del momento. Estando en la flor de la vida, Diego Raudales, está en plena crisis artística. Había aparecido el arte moderno y sus ideas ya no gustaban a la gente.

Diego Raudales o mejor dicho “Positividad Raudales” estaba sentado en su estudio pensando en nuevas ideas. Se sentía deprimido. En algún momento se dió cuenta de que el teléfono estaba sonando. - Sí, estudio de Positividad Raudales, ¿dígame? - Se sorprendió al saber de un antiguo cliente que quería darle un trabajo para realizar, pero era importante que fuera a su casa dentro de dos días. “Supongo que se irá de viaje y querrá que le cuide la casa” pensó.

Pasó el tiempo y llegó el momento de ir a la casa del señor Rodríguez, un anciano al que siempre le había gustado el arte. La casa del señor Rodríguez estaba en una zona del bosque donde muy poca gente pasa. Era una casa grande, de dos pisos y excesivas habitaciones para un solo habitante, pero para ser una casa de campo, vestía con lujosas ventanas, hermosos tejados y, a pesar de su antigua apariencia, la casa era realmente impresionante. Nuestro artista llegó a la fantástica casa en su Nissan: Había traído todo lo necesario: pinceles, pinturas, raspadores, incluso, cinceles.

El anciano señor Rodríguez le recibió con su habitual sonrisa, le invitó a pasar y le sirvió una taza de té.

- Cuanto tiempo sin verte, viejo amigo – le dijo el anciano al joven artista. - Sí, hacía ya dos años desde mi último trabajo aquí – Respondió Positividad Raudales. - Me alegra que me haya llamado, llevo un tiempo sin trabajar – Le comentó el muchacho. - ¿Tú? ¿El gran Positividad Raudales? - Dejó sorprendido el señor Rodríguez. - Por favor, no me llame así, ya no soy tan positivo como antes. - Raudales miró hacia abajo. - Lo siento – respondió. Pero, lo importante es no pensar en ello, ven te enseñaré el trabajo que te encargaré. Ambos subieron las escaleras y entraron en una habitación vacía. Las paredes eran viejas y amarillas y estaban llenas de polvo. Se acercó a una de las paredes, la acarició y le dijo a Raudales – Quiero que me pintes una puerta, pero no una cualquiera, sino una puerta de ensueño, que si la abrieras, te llevara a un mundo de fantasía. - Los ojos del señor Rodríguez brillaron por un momento –

La quiero antes del anochecer – Se dio la vuelta – Te pagaré mil quinientos euros – Positividad Raudales lo pensó un momento y aceptó gustosamente.

Trabajó hasta acabar manchado de pintura y cansado, pero ya estaba hecha cuando llegó el atardecer. Llamó a toda prisa al señor Rodríguez para enseñarle la puerta, nada más verla, el señor sonrió. Es perfecta – Dijo solamente. La puerta era de dos metros de alto, a su alrededor había enredaderas, tenía muchos dibujos esculpidos. Su pomo era dorado y brillante. Si se observaba la puerta en conjunto, realmente parecía que te llevaría a otro mundo. El señor Rodríguez le pagó en efectivo y antes de que el artista se fuera, le entregó una caja pequeña, al mismo tiempo que le decía – Para saber qué hay dentro sigue imaginando, – Y con un apretón de manos se despidieron.

Pasó una semana desde aquello y Positividad Raudales estaba en su galería. Estaba bastante tranquilo y al mediodía nunca había gente, así que se dispuso a ir a dar una vuelta por su galería. Se quedó mirando una de sus obras favoritas, en ella había plasmado la imagen de un mundo de fantasía creado por él. - Hola – Se sobresaltó, había una chica al lado suyo - ¿Es usted ese artista tan famoso, Positividad Raudales? - La chica tenía el pelo corto y llevaba mechones verdes pistacho en el pelo, tenía una camiseta negra con una estrella gris y una chaqueta amarilla chillón por dentro y negra por fuera. Llevaba unos vaqueros cortos claros, unas medias negras y unas botas de montaña con detalles de estilo rockero. - Sí, soy yo, encantado. - Raudales se sorprendió de que viniera alguien a ver sus obras. - Perdona si le he asustado pero quería ver sus obras. - Raudales asintió – La verdad es que me gustan mucho, me gustaría que diseñara alguna para mí, un mural o algo así. - La chica se quedó mirando el cuadro. - Si quieres puedo darte mi e-mail, lo reviso todos los miércoles – Ella le miró con dulzura. - Eres tal y como él decía, si puedes conseguir algún cliente, haces lo que sea. Le gustaban las personas así. - Él la miró confuso - ¿Quién te decía eso? - Ella bajó la mirada – Mi abuelo – A Positividad Raudales se le vino una idea a la cabeza que tuvo que hacer - ¿Tu...abuelo era...el señor Rodríguez? - Ella asintió – Ya veo - dijo – Discúlpame, tengo que ir al baño...Fue a paso ligero, abrió el grifo y se lavó la cara, luego se miró al espejo. Había cambiado. Su pelo corto, ahora tenía la raya a un lado y era más largo. Sus ojos azules ya no eran fríos, sino distantes. Su tez dejó de ser blanca y pasó a un tono más oscuro. Todo él intentaba asumir lo que le habían dicho. Se dijo que no pensaría en ello y salió.

- Perdona haberte hecho esperar – Dijo él con una sonrisa – No pasa nada – respondió ella. - ¡Ah! Por cierto, yo me llamo Alicia.
- Se estrecharon las manos – Yo soy Diego Raudales o si lo prefieres, Positividad Raudales – Le entregó la tarjeta con el e-mail escrito: positividadr@imaginando.com. Comenzaron a hablar y tenían muchas cosas en común. - Bueno, yo tengo que irme- Dijo Alicia - ¡pero me ha encantado conocerte! - Sonrió – Igualmente – respondió él.

Se había hecho tarde y nuestro protagonista estaba de vuelta a su estudio. Pero no pensaba en ideas nuevas, sino en el señor Rodríguez y la caja que le dió. Lo intentó de muchas maneras, pero no consiguió abrirla: “Para saber que hay dentro, sigue imaginando”. Cuando estaba a punto de rendirse, esa frase le dio una última idea. De

alguna forma los pétalos que decoraban la tapa de la caja se podían mover. Comenzó a distribuirlos y formó una rosa blanca.

Sintió que la caja hacia “click”, sonrió ansioso, abrió la caja y dentro había una llave de de una casa. Raudales la reconoció, era la llave que abría la casa del señor Rodríguez. Raudales pensó por un momento en ir hasta esa casa, en aquel instante. Pensó también que era una locura, pero decidió ir de todas formas.

Llegó de nuevo a la casa y sintió una atmósfera extraña, como si la casa lo llamara. Entró, todo seguía como la semana pasada. Quiso ver una vez más la puerta que diseñó para el difunto señor Rodríguez. La habitación estaba abierta, pero había algo en la puerta, como si fuera real. Sintió las ganas de abrirla, ni siquiera pudo evitarlo. Supuso que tocaría nada más que la pared, sin embargo, al girar el pomo de la puerta se abrió...

Continuará